

ña ciudad española que ya conocíamos por *Nuestro padre San Daniel*. Con Oleza, siempre ceñida por ásperos cinturones de castidad.

La ciudad está en calma. Pero, de pronto, irrumpen en ella los mensajeros de Satán. Se filtran de fantasía en fantasía infernales venenos. *La Argelina*, subida a un columpio, «entre dos naranjos en flor», hace hervir la carne apretujada bajo los cíngulos tradicionales. «Ella cantaba, y los hombres le rodeaban campaneándola y dando bramidos». La noticia corre por las pías tertulias, despertando un tropel de soñolientas imágenes. Un bordoneo de triste voluptuosidad ondula por toda la novela; pero si estalla algún grito de deseo, una mano implacable cierra al punto la boca impura.

Aunque no suelen ser gritos, sino crudas ansiedades subterráneas, recuerdos encendidos. No es preciso un columpio descocado, basta un matiz, una alusión, un vislumbre de brazo desnudo a través de los visillos de un balcón.

Y en la novela, tan agobiada por tanta pesadumbre de ímpetus contenidos, se abren de par en par todas las ventanas al frenético goce de la luz. Alguien rompe los muros del claustro donde solía contemplar el arrullo de las tórtolas, salta al campo libre, reflorece.

El obispo leproso es un viaje de muchos días, en que el lector se pierde por la ciudad levantina, del «palacio» al convento, de la tertulia al templo. Se pierde en los sucesos; se encuentra en la serenidad del arte. Siempre las palabras, bañadas en el agua risueña, recobran su precioso y limpio sentido. De un adolescente enamorado, dice Miró: «Veía las viejas alamedas otoñales estremecidas dentro del río. Ella también miraría el agua, los árboles, el cielo, y diría: río. Árbol, cielo. Cuando saliesen los palomos de su terrado a volar por las huertas, ella los vería y pronunciaría: palomos, aire, sol.»

Van las palabras —perennemente infantiles, pulidas, centelleantes— juntándose al final del armonioso friso, como vivaces tropas de fresco que acuden a decidir la batalla. Miró, como el intendente de las famosas bodas guardó para el fin del banquete sus ánforas más ricas. «¡Qué ancha y qué íntima la mañana en la ribera! Abría con sus pies la margen tierna, y aparecía un agua fina, nuevecita, que empapaba la seroja de los álamos, tocaba los troncos húmedos y recogía el sentido de la circulación». Y, en otra página: «El río no semejaba correr por las espaldas remendadas de Oleza, sino por una ciudad de mármol y por tréboles tiernos». Y, en otra: «Mujeres con ramos de flores, de cidras y naranjos. Una vendedora, toda vibrante y dura como un cobre, le dio a oler a Don Magín su esportilla de magnolias húmedas. Y el capellán entró todo su rostro en las carnales blancuras suspirando: ¡Ay, sensualidad, y cómo nos traspasas de anhelos infinitos!»

Don Magín es todo Oleza. Oleza es todo Miró.

III

¿ «Voluptuosidad en la técnica», he escrito? Una técnica nunca puede ser voluptuosa. Una creación sí lo es. Nadie menos «técnico» de novelas que Miró. Bien se advierte que engendra por el placer de engendrar. No suele medir la curva precisa del libro. Tampoco piensa en escribir «tal novela», sino en ir empujando su lirismo por fajas de mármol. En sus viajes sólo calcula la riqueza de cada piedra que incrusta en un precioso bajo relieve.

«Cada vez que escribimos –me dijo alguna vez confidencialmente– nos parece que es la primera vez que escribimos». Esto explica bien su pasión por cada palabra, siempre virgen para él. Su trato con ella no es nunca familiar, como el del artesano o el del «profesional de la novela»: es íntimo, como el del poeta, como el del amante. Por ello fue toda su obra «poesía en marcha».

«Letras», *La Vanguardia*, 11 de junio de 1931.

Se confirma un tópico

I

El profesor alemán Curtius, reconocido amante de la España que piensa, ha recorrido en estos días la otra España, la anterior a todo concepto e interpretación, la que –sencillamente– vive. Al ser interrogado acerca de lo visto y oído en el viaje, Curtius responde:

«Yo no quisiera ver España como Maurice Barrès, sino como Ganivet. Ni como Havelock Harris ni como Waldo Frank. Por estas razones, yo no tengo un catálogo de impresiones, pero puedo decir esto: que mi viaje por España me ha recordado todos los días –y podría incluso decir que todas las horas– las palabras de Stendhal sobre la «divina imprevisión», que es lo que constituye el mayor encanto de la vida. Mis sensaciones de España representan en su totalidad una serie interrumpida de divinas imprevisiones. Lo que más me sorprende es que la belleza fantástica y la riqueza fabulosa de este país no sean más conocidas.» Habla después de la afabilidad, de la simpatía de sus hombres...

Estas y otras afirmaciones lisonjeras fueron recogidas por *El Defensor de Granada*. Rezuman erudición, dejan entrever un «espíritu prevenido», pero

no son por ello menos significativas. Vienen, desde luego, a confirmar el tópico –tan bien fundado– de la incompreensión de España.

¿Comienza ahora a desvanecerse el tópico? Tal vez Curtius pudiera contribuir con su esfuerzo inteligente a propagar una más clara idea de esta España tanto tiempo envuelta en nubes. Porque su misma exuberancia exterior ha cegado a los viajeros; su misma riqueza anecdótica ha escondido o falseado su interior fisonomía. Waldo Frank –por ejemplo– entretenido en redactar sus catálogos simbólicos dejó, efectivamente, «virgen» el terreno. España no podía entregársele tan de improviso. Matrona encastillada y altiva, sonrío quizá, pero no revela su preciosa intimidad al primero que llega.

II

Curtius nos dice que, durante unas semanas, tuvo en España la impresión de estar sometido «a una corriente eléctrica», de sentir rodar por su médula «un Niágara de sensaciones». ¿Se puso en contacto con la vida auténtica del pueblo? «Todas mis experiencias en España –dice– tienen un común denominador: el choque de una sorpresa, a la vez violenta y dulce.» Vio paisajes, hombres, piedras, lienzos, poemas, el pasado y el presente de España; promete seguir viendo, estudiando...

¿Estamos en el comienzo de una clara sabiduría de España? De aquí salieron unos hombres que supieron descubrir nuevos mundos, sin detenerse nunca a descubrir el suyo. La tradición no puede ser más adversa a tal conocimiento. ¿Es hora de romper la fósil tradición?

Con su obra y actitud contestaron ya en parte a esta pregunta los hombres que supieron reaccionar ante la depresión general de 1898. Pero esto es aún muy poco. Aquellos hombres no han tenido sucesión. Las generaciones subsiguientes no parece que secunden este «descubrimiento». Muchos de los jóvenes, ignorantes de España, pretenden reconstruirla según esquemas totalmente extraños a la vida profunda; ni siquiera conocen de su país las características de primer término: su arrogancia individual, por ejemplo, tan lejana de todo colectivismo; su soberbia radical que la incapacita para inclinar la cabeza ante improvisadas jerarquizaciones.

La obediencia se suele aquí tomar por abyección: no esperemos de nuestros compatriotas un grande y perfecto orfeón político. «El español fino no necesita de nada» –escribió alguna vez José Ortega y Gasset–. Prefiere cantar solo. «Esta manera de soberbia –añade– es una potencia artificial.» ¿No arranca de esta soberbia nuestro mutuo desconocimiento? Probablemente

es necesario que alguien de fuera –un alguien de buena e inteligente fe– nos descubra.

¡A un indígena le sería tan difícil asistir serenamente a la vida actual de España! Mucho más difícil emitir acerca de ella un juicio. Se tropezaría con la política, esa vida ficticia, superpuesta. El escritor ruso Berdiaeff, en su libro *Una nueva Edad Media*, nos dice: «La lucha de los partidos, las Cámaras, los mítines, los periódicos, los programas y las plataformas, la propaganda y las manifestaciones, la lucha por el poder..., todo esto no es la verdadera vida, no tiene relación con la esencia y los fines de la vida...» La afirmación es extremada, pero aguda. Prosigue: «Debe producirse en el mundo una gran reacción o revolución contra el dominio de la vida social exterior y de la política exterior, en nombre de un tránsito a la vida interior y espiritual, no sólo personal, sino «superpersonal», en nombre de la esencia y del fin de la vida.» La actual vida política de España, ¿nos dejará llegar, repito, a la médula de su vitalidad profunda?

III

Entretanto, esa médula positivamente se enriquece y afirma. Ya Américo Castro nos habló de una retaguardia laboriosa, preocupada por la auténtica vida de su pueblo. Retaguardia que, desde la obscuridad, trabaja por hacer presentable a España ante el mundo, tanto como otros se esfuerzan por hacerla indeseable; retaguardia que trabaja por robustecer la intimidad de una nación cuya epidermis aparece hoy desgarrada por tanta escaramuza.

Acerca de los «desaforados» escribía Américo Castro: «En el fondo, se trata de una aspiración nihilista, forma suprema que asume el rencor de los que viven resentidos, a causa de su pereza e incapacidad o por cualquier otro desagradable motivo.» Es el elemento antivital de todas las naciones: no pudiendo crearlas, pretende ser su jefe. Es el ocioso profesional –o de falsa profesión– tan abundante aquí. Pero a la nación –repetiremos con Castro– ante todo le es urgente disponer de una buena retaguardia de gentes de signo positivo que, al despedirse cada día, se preguntan qué han hecho para afirmar su dignidad de hombres y su dignidad de ciudadanos. Ellos –industriales, ingenieros, escritores, abogados, médicos, obreros de todas las clases– están en contacto con la verdadera vida. Y, para un hombre imparcial, que quiere ver España bien por dentro, esos hombres son los de vanguardia...

Porque si damos una sabia media vuelta a cualquier tinglado social, la extrema vanguardia no es el grupo que trabaja; no es el que gesticula y dis-

cute, sino el que calla y estudia. Curtius –y con él los hombres inteligentes de Europa– darán siempre con la extrema vanguardia... Porque en la vida nacional –exactamente lo mismo que en la táctica militar– la extrema vanguardia está formada por unos hombres de aguda visión que, con peligro de quedar aislados del grueso de la columna, se agazapan en los relieves del terreno para atisbar la presencia del enemigo. Para el inteligente, esos hombres exteriores, desmelenados, componen un coro, el coro de retaguardia y retroceso.

«Paisajes», *La Vanguardia*, 3 de mayo de 1932.

Tópicos y tropos

I

En un reciente artículo, Pío Baroja, con más brío que nunca, ha defendido al entusiasmo. El veterano escritor realiza con ello una función que debiera realizar la juventud; pero la juventud española –hablo de la literaria– no parece muy dispuesta a defender las bellezas del espíritu inflamado y generoso, ocupada como está en hallar posturas cómodas y sólidos puestos que le permitan no escribir. (La verdad es que el oficio –o el arte– de escribir es muy penoso. ¡Cómo agota y exprime! Lo mejor es una buena política «de acción» donde nada hay que hacer, o muy poco. Así piensan muchos jóvenes. Así pensó –y lo declaró– alguno de nuestros espíritus más sacrificados, que –heroicamente– prefirió desempeñar dos altos cargos abrumadores –uno aquí y otro allá– a seguir sudando bajo la carga, mucho más abrumadora, de escribir...).

La juventud literaria española –hablo de la que pronto dejará de serlo– fue siempre muy cauta y previsor, virtudes que nada tienen que ver con las vehemencias y entusiasmos que defiende Baroja. En los gestos, como en la producción, la juventud literaria española viene siendo unas veces asténica y otras abstinentes o abstemia. No pidamos ardor a quien, en el arte, prefiere la ley seca. Tal vez por esto la misma literatura barojiana –una de las más vivas y vivaces de España– fue, por uno de esos espíritus «asténicos», proclamada «difunta». Se inventó eso de la política para no trabajar. Luego –excepto algún caso admirable– tampoco se hizo o no se supo hacer política. Para esto y para aquello faltaba, probablemente, el entusiasmo.